

el sentimiento de que alguna vez se ha vivido ese espacio sagrado, la fusión ebria del centro, se ha habitado la oleada inmensa y ciega del ser y, ahora, frente a esa memoria, se alza la conciencia de una voluntad poética. Porque aunque Claudio Rodríguez en este primer libro aún no se ha planteado claramente cuál es el papel del poeta, obviamente, puesto que escribe, de alguna manera lo está *diciendo*: con el tono rumoroso de sus versos, la indeterminación temática y las expresiones de impotencia frente a la experiencia fundamental que le moviliza a escribir.

Veamos unos versos donde está el meollo de este primer libro:

No porque llueva seré digno. ¿Y cuándo
lo seré, en qué momento? ¿Entre la pausa
que va de gota a gota? Si llegases
de súbito y al par de la mañana,
al par de este creciente mes, sabiendo,
como la lluvia sabe de mi infancia,
que una cosa es llegar y otra llegarme
desde la vez aquella para nada...
Si llegases de pronto, ¿qué dirías?
huele a silencio cada ser y rápida
la visión cae desde altas cimas siempre.

Don, VIII

El misticismo, su experiencia de la unidad, de ese bien de lo uno del que habló Plotino y que tanto debió atraerle a Claudio Rodríguez por aquellos años, no le es suficiente. De serlo no habría escrito. Si él llegara, de pronto, como «la vez aquella» ¿qué diría? Esa vez es alguna vez y, quizás, el alguna vez de toda leyenda, la memoria viva de lo que entonces, y ahora, está ocurriendo. Cómo decir lo que es ser, no lo que el ser sea, tema de alguna filosofía, sino decir el ser, hacerlo coincidir en el signo, en la voz, en una voluntad de forma. El poeta ya no ve, ni piensa, ni supone, sino que «huele», sabe corporalmente que cada ser está constituido por silencio. Y, ante tal sensación olfativa que gracias a la sinestesia de toda poesía se convierte en visión, la revelación, el instante privilegiado, se cierra.

De manera intermitente Claudio Rodríguez toma conciencia de que esa visión de la cual no sabe si se abre a la muerte o a la vida, ya no encuentra su lugar:

Lo que antes era exacto ahora no encuentra
su sitio. No lo encuentra y es de día.

...

he visto en el incienso de las cumbres
y en mi escritura blanca una alegría
dispersa de vigor.

...

Si la vida
me convocase en medio de mi cuerpo
como el claro entre pinos a la fría
respiración de la luna

Don, Lib. 3º, I

Quien antes había pensado «no aparte de la cumbre, sino encima / de la ebriedad», ahora no halla la antigua certidumbre, aunque es de día. No es que esté lejana, aún no se ha convertido en «casi una leyenda» (título de su último libro, 1991) sino que está tan próxima y tan indecible o encarnable desde la dimensión del fervor que esa distancia, se agudiza. No es aún lejanía, sino la conciencia fulgurante de que hace apenas un momento estaba allí. De ahí ese tono de entusiasmo y la celebración que hay en los versos, el disfrute de una retina deslumbrada, de un oído que oye sin oír, sin poder traducir ese silencio primero. Así le dice al álamo en dos versos de una serenidad impactante:

—te estoy oyendo aunque no escuche nada—,
sombra de un canto ya casi corpóreo.

O esta bellísima visión (¿de qué? ¿cómo decirlo?), tal vez, de un fragmento entero de la realidad:

La luz nace entre las piedras y las gasta.
Junta de danzas invisibles, muere
también amontonándose en sus alas.

Don, Lib. 3º, VII

II

Conjuros (1958) es considerado por la crítica (Dionisio Cañas, José Olivio Jiménez y otros) como un «momento de lucidez histórica» que, «frente al primer libro, significa un deterioro de las relaciones entre el cuerpo y la naturaleza» (Cañas). Y para José Olivio en *Conjuros* se ha pasado de la vaguedad temática de *Don* «a una rigurosa objetivación en el tratamiento poemático; y del suelto aprovechamiento de los valores irracionales del lenguaje, a una palabra engañosamente más denotativa o aparentemente directa». Es cierto que, al alejarse del campo y de la vida zamorana, Rodríguez acentúa en este libro la nostalgia de la vida rural y se evidencia una crisis respecto a la exaltación de la naturaleza que en el libro primero aparecía casi como una continuidad con el yo propio. Persona y naturaleza convivían en una misma respiración, rota sólo en ocasiones para hacer patente aún más, los momentos epifánicos. La distancia del medio rural hace que Rodríguez rebusque más en la terminología que se emplea en la zona, que ahonde en el lenguaje de provincia, e incluso, lo que no favorece nada a la poesía, que se cargue de explicaciones por una necesidad, tal vez, de mostrar su conocimiento del campo, en un intento, tal vez generoso, de salvar esas realidades que en la vida de la ciudad (en este caso, Madrid) han desaparecido. Si él había visto esa ósmosis entre persona y realidad (naturaleza), ahora va dando fe de la distancia. He de señalar que no estoy muy de acuerdo con estos dos críticos que, por otra parte, han escrito trabajos fundamentales sobre Claudio Rodríguez y

su generación, cuando destacan este libro sobre *Don de la ebriedad*. Creo, al contrario, que el primer libro de Claudio Rodríguez consigue cotas que no le fue fácil superar. Es una obra que aún hoy puede ser leída como una realidad viva. En este nuevo libro de poemas, Claudio Rodríguez toma conciencia de que ha perdido la infancia, de que ha perdido esa epifanía casi extensa de la cual es testimonio su libro primero; pero no creo que sea válido, ni siquiera poéticamente, enfrentar tan fácilmente ese mundo roussonianos al mundo moral de la ciudad, en este caso concreto al Madrid de finales de los cincuenta. No es tan fácil por varias razones: no es casualidad que pese a su defensa del medio rural, Claudio Rodríguez no volviera a vivir en Zamora y siguiera viviendo en Madrid. Si el paraíso estaba tan cerca, ¿a qué quedarse en las afueras? La sencillez, la humildad, la facilidad de la que habla, están perdidas porque el mismo poeta ha entrado en *otra edad* y por primera vez se enfrenta al mundo de los otros. Por aquí, creo, es por donde hay que analizar los elementos de continuidad y discontinuidad ontológica de su poesía y no aceptando un débil maniqueísmo. Este tema no aparece en su primer libro y aquí, abocado como está a las calles, a los escritores, al barullo y la agitación de los días de la ciudad, no le queda más remedio que hacerlo. El campo, la naturaleza, participan de lo otro, es cierto; pero nada más otro que la conciencia del prójimo, el que apaga o enciende la luz en la habitación de enfrente.

En *Conjurios* acentúa los temas rurales dándoles una trascendencia espiritual, redentora. Sólo si nos acercamos a la vivencia inmediata rural, parece decirnos, podremos salvarnos. Véanse algunos de los títulos de los poemas de este libro que abonan esto que digo: «El canto de los linos», «Con media azumbre de vino», «Cosecha eterna», «Al ruido del Duero», «Ante una pared de adobe», «Al fuego del hogar», etcétera. En su poesía nos indica que los pies del hombre no parecen que estén hechos para andar por las calles sino para pisar las uvas o, en su sentido más cosmogónico, «la sola uva del mundo» («Con media azumbre de vino»). Rodríguez nos propone ver en las tareas campestres la señal de un modelo metafísico, una dialéctica de micro-macrocosmos como respuesta a las dimensiones absurdas del *urbanitas* moderno. En ocasiones tienen validez porque, lejos de contestar a esta tensión que él plantea, estos poemas se convierten en un síntoma de esa tensión.

En otros momentos Claudio Rodríguez llega a sorprendernos con un comienzo como éste:

Y como yo veía
que era tan popular entre las calles
pasé el puente, y adiós, dejé atrás todo.

«Al ruido del Duero»

Me recuerda no sé si a Rimbaud o a Apollinaire. Su tono suelto, recogido al final como una verónica parece prometer un gran poema, pero luego, a mi entender y a mi gusto, se estropea algo cuando habla del «pecho de las mozas» y de que ha perdido «oído tras los años que [ha] pasado / con los de mala tierra». Si a esto sumamos,